

Antoine Compagnon,
1966, *année mirifique*,
París, Gallimard, 2026, 544 páginas

Lejos han quedado aquellos tiempos en que Fernand Braudel prevenía a los historiadores contra el “fetichismo de las fechas”, práctica que consideraba más propia de la crónica periodística que de la investigación histórica. Tal fue, de hecho, la propuesta de aquel manual que publicó en 1963, conocido en castellano como *Las civilizaciones actuales*, un título menos comprometido que el original, *Grammaire des civilisations*, destinado a los estudiantes franceses del último curso del nivel secundario. No obstante, ante semejante rechazo por las cronologías y el “acontecimiento”, la obra fue muy pronto retirada de la venta. Pese al apogeo que por entonces mantenía la historia “estructural” en el campo científico, se diría que había perdido su batalla contra esa historia tradicional que aún defendía el conservadurismo de las políticas educativas, batalla que tampoco tardaría en perder en el mundo académico, pero a manos de una vanguardia historiográfica. De hecho, los profundos cambios que se operaron en la disciplina a partir de los años 1970 zanjaron la hegemonía braudeliana y dieron lugar a un progresivo regreso a lo singular, lo individual y lo contingente, un mundo histórico menos “inmóvil” y determinista, pero más incierto,

reconquistado por los análisis a escala variable, los actores sociales, las representaciones imaginadas, los acontecimientos, la historia política, la biografía y todos los suministros actuales de nuestro oficio.

En este marco de nuevas coordenadas metodológicas era solo cuestión de tiempo que la cronología reapareciera en el escenario bajo nuevas fórmulas, un retorno que, no obstante, es un tanto paradójico. Mientras la historia global clama desde hace dos décadas por un regreso a la “larga duración” braudeliana, varias obras vuelven a invocar el fetichismo, ya no de las fechas, sino de los años y, sobre todo, de un solo año para repensar un momento histórico y convertirlo en el epicentro de un estudio contextual expandido hacia lo precedente y lo subsecuente. Sin embargo, como novedad es parcialmente relativa.

Hacer historia a partir de lo ocurrido durante un solo año sin que por ello la investigación se resienta como mera crónica es una práctica que cuenta con un noble linaje. Moses Finley ya lo advertía para el año 1 d. C., “los años decisivos, como las batallas decisivas, constituyen entre los historiadores un vetusto y favorito tema. Algunos de ellos –1492, 1789, 1914– son harto obvios: los contemporáneos cultos no podían escapar al sentimiento de que estaba

pasando algo grande, aunque no les fuese dado predecir todas las consecuencias. Es más frecuente, empero, que los grandes procesos históricos comiencen de manera invisible y que sea solo mucho después, al considerar lo pretérito, cuando se consiga encontrar la fecha clave”.¹ Por cierto, obras tan disímiles como *L’An I de la liberté* de Albert Soboul (1939), *El telegrama Zimmermann* de Barbara Tuchman (1958) o *El 45* de Félix Luna (1968) habían reconstruido lo sucedido a lo largo de un año, pero con una idea de crónica aún dominada por agudas explicaciones fácticas y causales. En suma, si bien la objetivación de los años siempre contó con una presencia intermitente en la historiografía, el ingreso al siglo XXI despertó nuevas pasiones hacia los distritos de doce meses, en parte, como derivación de los “lugares de la memoria” y del nuevo culto por las conmemoraciones. De allí, en fin, lo extraño de este regreso para una disciplina que, tras la segunda posguerra, intentó desprenderse como pudo de las cronologías encorsetadas. Hoy, en cambio, ya no manifiesta ninguna aversión por esa práctica,

¹ Moses I. Finley, “El Año Uno”, en M. I. Finley, *Aspectos de la Antigüedad. Descubrimientos y disputas*, traducción del inglés por Antonio Pérez-Ramos, Barcelona, Ariel, 1975, p. 255.

habida cuenta de cómo la ha reinventado. Si bien aún conserva mucho de divulgación histórica y de cansina recolección de efemérides, la exploración de un “año” tiene poco ya, por así decirlo, de “cronológico” y mucho más de “topográfico”, puesto que es objetivado como si de un territorio se tratase. En este sentido, recibe el mismo tratamiento que cualquier otro hecho, período o fenómeno histórico. Lo que cabría preguntarse es cuánto contribuye al conocimiento del pasado tal conjuro y a qué tipo de lectores se dirige, o sea, si efectivamente incorpora variables epistemológicas innovadoras y abre nuevas perspectivas para los historiadores y el devenir de la disciplina, o bien se limita a reordenar lo mismo de siempre de otro modo para un horizonte de recepción pretendidamente masivo y no menos servicial con las modas historiográficas.

Durante las últimas dos décadas, varias obras abordaron un año determinado, sea canónico o periférico. De aquellas que cuentan con versión castellana, en 2001, dos historias acudieron al primer modelo: John E. Wills Jr. con *1688. Una historia global*, y Margaret MacMillan con *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*. El segundo modelo tuvo en *1177 a. C. El año en que la civilización se derrumbó* (2014) de Eric H. Cline, y en *1913. Un año hace cien años* (2018) del alemán Florian Illies sus principales expresiones. En todos los casos, estas investigaciones intentaron armonizar la escala global en boca con la identificación

simbólica de un año que sirve como núcleo individual centrípeto, modelo que también se encuentra en *El año 1000. Cómo los primeros exploradores iniciaron la globalización* (2020) de Valerie Hansen. En el ámbito local, Ernesto Bohoslavsky lanzó en 2023 la serie *Años Cruciales* con un espíritu menos complaciente hacia los estudios globales y más sensible a la iconicidad que cada año representa para la memoria colectiva. Allí, los historiadores convocados suelen tomar un año ya consagrado por la historia argentina, como 1810 o 1983, lo interrogan como punto de referencia y, a partir de allí, abren diferentes círculos concéntricos y escalas de análisis sobre múltiples aspectos. En Francia, Patrick Boucheron lanzó un modelo más cronológico y global en *Histoire mondiale de la France* (2017), una obra de divulgación publicada bajo su dirección y con gran éxito de ventas, donde cada uno de los capítulos giraba en torno de un año no necesariamente canónico de la historia francesa, en conexión con otras áreas culturales. En 2022, Boucheron volvió a probar el mismo experimento, pero a escala universal (y sumaria) en *Fechas que hicieron historia. Diez formas de crear un acontecimiento*. En el marco de tal concierto, aparece 1966, *année mirifique* de Antoine Compagnon, que se ha dispuesto a convertir este año aparentemente sin mérito ni gracia memorables en un momento intelectual de envergadura para el mundo francés. Y para ello, toma como principal modelo uno de los capítulos de *Los miserables* de

Victor Hugo, titulado “El año 1817”, con el fin de recuperar “la fisonomía de un año” a través de “los rincones ignorados por la historia”.

Conviene precisar, ante todo, que Compagnon no es un historiador *tout court* sino un teórico de la literatura que, no obstante, siempre ha pensado las letras y la cultura en un marco histórico concreto al modo, por ejemplo, de Paul Bénichou o de Marc Fumaroli. De hecho, salvo su tesis doctoral, dirigida por Julia Kristeva y base de su primera obra de 1979, *La segunda mano o el trabajo de la cita*, buena parte de las subsiguientes, *La Troisième République des Lettres* (1983), *Connaissez-vous Brunetière?* (1997) o *Los antimodernos* (2005), entre varias otras, van incorporando un historicismo cada vez más ostensible que parece inscribirse en la línea del mejor Gustave Lanson (1857-1934), el célebre crítico e historiador francés de la literatura. Con todo, desde la publicación en 2009 de *Le cas Bernard Faÿ. Du Collège de France à l'indignité nationale*, pero, sobre todo, desde 2017 con *Les Chiffonniers de Paris*, se percibe un cambio de rumbo en sus intereses de investigación. Mientras en la primera obra examinó la figura individual de Bernard Faÿ (1893-1978), profesor del Collège de France, director de la Biblioteca Nacional y artífice de la represión antimasónica durante el régimen de Vichy, en la segunda reconstruyó un grupo social, los “traperos” del siglo XIX, quienes, durante las madrugadas, con pesas y farola en mano junto a una cesta de mimbre a sus espaldas, eran los

encargados de recolectar todo tipo de desechos como trapos, huesos, pedazos de madera o cartones que, luego, la industria reutilizaba para diversos propósitos. Estas obras, publicadas, respectivamente, por las colecciones La Suite des Temps y Bibliothèque illustrée des Histoires, de Gallimard, permitían ya barruntar dónde Compagnon quería situar esta nueva vía de trabajo, algo que con *1966, année mirifique* (cómodamente inserta en la señera Bibliothèque des Histoires, dirigida por Pierre Nora en la misma editorial) ya no ofrece ninguna duda: como Tzvetan Todorov en su momento, Compagnon ha devenido historiador de la cultura y las ideas o, al menos, eso es lo que sugiere el ecosistema editorial de su última producción. De hecho, en 2020, había inspirado y participado en la obra *Histoire et historiens des idées*, dirigida por Alexandre de Vitry y David Simonetta, con un ensayo sobre Paul Hazard,² figura que, de algún modo, funcionó como el vaso comunicante hacia el tipo de historia que actualmente practica: intelectual e historicista, pero claramente derivada de la historia de la literatura. Asimismo, cabe advertir que esta obra es, en realidad, el producto de un seminario que Compagnon dictó en el Collège de France en 2011 titulado *1966: Annus mirabilis*, junto a un elenco de

intelectuales, algunos de ellos implicados en el relato de *1966, année mirifique*, como Pierre Nora o Gérard Genette.

Así pues, la obra se presenta como un explícito exponente de tal híbrida deriva: organizada en trece capítulos, solo la mitad de ella escapa a las intrigas literarias de aquel año, sin que la otra mitad se vea por completo excluida de cuestiones directa o indirectamente asociadas con el mundillo de las letras: los nuevos intelectuales; la cultura joven; la cinematografía de un Robert Bresson o de un Jean-Luc Goddard; la disputa entre Michel Foucault y Jean-Paul Sartre; el estructuralismo althusseriano y lacaniano; el *affaire* que desató la obra de Jean-François Steiner, *Treblinka. La sublevación de un campo de exterminio*, y un último capítulo que oficia como conclusión y preámbulo del emblemático 1968. Los restantes están dedicados a las “vacas sagradas” de la vieja literatura aún en activo en aquel año, como François Mauriac y Louis Aragon; la inesperada pasión lectora que desata la obra de Marcel Proust secundada por la traducción francesa de su biografía, una obra tan admirable como resistida, escrita nada menos que por un inglés, George Painter; la célebre disputa entre Raymond Picard y Roland Barthes que anuncia el fin de la vieja crítica literaria; el movimiento estructuralista en literatura y la nueva lectura de la lingüística saussureana; la eclosión de la *nouveau roman* y los diversos escándalos culturales que debió afrontar el escritor André Malraux mientras oficiaba como

ministro del gobierno gaullista. Se diría que Compagnon recorre la cultura pública y literaria de 1966 como un *flâneur* y solo se detiene cuando huele a tumulto y altercado, tal como fueron informados, provocados o conducidos por los periódicos y las revistas culturales, algunas de las cuales aparecieron por primera vez en ese momento como *La Quinzaine littéraire* (marzo) o *Le Magazine littéraire* (noviembre). Pero que la obra no llame a engaños: el autor no la convierte en un ejercicio teórico, sino en objeto de una crónica endiabladamente fáctica siguiendo paso a paso cada una de esas trifulcas a las que incorpora datos preciosistas, pequeñas digresiones de color o resonancias contextuales que permiten revivir ese momento como si fuésemos contemporáneos de todas ellas. Es por este motivo que *1966, année mirifique* resultará fascinante solo si nos dejamos llevar por el asombro que genera esa diferencia histórica y por el impresionismo que Compagnon utiliza para guiarnos por las asperezas de aquellos episodios. En cambio, si lo que buscamos es una historia intelectual que deje alguna huella en la reconstrucción de las ideas del pasado, que profundice en el valor agregado de los contextos o que represente alguna escalada metodológica, la obra deparará más de una frustración. En el ambicioso prólogo, titulado “Pourquoi 1966?”, Compagnon promete un robusto fresco histórico que, las más de las veces, luego reduce a un plano anecdótico, parisino y literario. En este

² Antoine Compagnon, “Paul Hazard transatlantique”, en A. de Vitry y D. Simonetta (dirs.), *Histoire et historiens des idées. Figures, méthodes, problèmes*, París, Collège de France, Conférences, 2020.

sentido, su contribución a la nueva historiografía del “año” como eje explicativo agrega otro tanteo interesante, pero, como experimento anclado en esa línea, continúa dando vueltas en círculos mientras dibuja una trayectoria que no permite ver, al menos aún, dónde reside el avance. Más sugestivo, por cierto, es el modo en que Compagnon prescribe la conversión de este año particular en sujeto histórico *mirifique*.

La elección de 1966 como momento intelectual mayor responde, según el autor, a una convergencia “mágica, prodigiosa y deslumbrante” de obras, discusiones y figuras. Sin embargo, más allá de estas entusiastas adjetivaciones, el término *mirifique* comprende, desde el siglo XVIII, un sentido que Compagnon no retiene: es profundamente irónico y, por ende, cabría imaginar su connotación como lo opuesto

de lo que literalmente insinúa. Si 1966 insiste con ser un año “estupendo”, también es un año de transición donde la realidad social y cultural que los franceses vivencian ya se siente como algo caduco, molesto y a punto de desaparecer. Todo el episodio donde el autor recrea la censura de la película dirigida por Jacques Rivette, *Suzanne Simonin, la religieuse de Denis Diderot*, es un magnífico cuadro de tal malestar así como de lo irónico que fue aquel año *mirifique*. Pero tampoco es casual que Henri Mendras, a quien Compagnon toma como marco social para pensar este año, haya advertido que 1966 marca el comienzo del fin de los *Trente Glorieuses* frente a la emergencia de una “segunda revolución francesa” que precipitó el fin de campesinado, la irrupción de la masificada generación del *baby-boom* en el espacio público o el arribo

definitivo a la sociedad de consumo, entre muchas otras variables. Sin embargo y más allá de estos planos, la auténtica ironía de la obra no es sino la confesión final de Compagnon: “En realidad, les he contado mi historia, 1966 fue solo un pretexto. Todo el mundo tiene la ilusión de que, al cabo de un año, nada ha cambiado y que sigue siendo el mismo o la misma. Pero, por supuesto, eso es falso”. Una frase simple, pero que, tal vez, encierre más de un nuevo camino para una historiografía que necesita regresar a la seducción de la diferencia y lo irrepetible para hacer de un año común y corriente algo más que un mero indicio.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento /
CONICET